



EDICIÓN 18
JULIO-DICIEMBRE 2023
E-ISSN 2389-9794



Facultad de Ciencias Humanas y Económicas
Sede Medellín



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

ARTÍCULO

Dos desiertos: una analogía geográfica sobre el cansancio

Pablo López-Garnica



Edición 18 (Julio - diciembre de 2023)

E-ISSN 2389-9794



Dos desiertos: una analogía geográfica sobre el cansancio*

DOI: <https://doi.org/10.15446/rcpeha.n18.101627>

Pablo López-Garnica**

Resumen: este artículo plantea una doble condición del cansancio, como ruina u oportunidad del ser en el mundo, a partir de una analogía geográfica que juega con el concepto del desierto en tanto lugar de belleza y aniquilamiento, simultáneamente. Pensar el cansancio en su dimensión estética nos permite construir un relato reflexivo para vislumbrar la existencia de una virtualidad o potencia del desierto, que puede devenir en constitución de nuevas patrias y obras o en devastación y pérdida de lo humano, en destitución o exilio. El método de aproximación al problema estético que homologa al desierto y al cansancio se basa en la intertextualidad y la intermedialidad, estableciendo una relación dialógica entre diversos autores en la literatura y la filosofía, y a su vez, planteando formas de representación de la hipótesis desde el cine, en las películas *Lawrence de Arabia* y *El Puente sobre el Río Kwai* del director David Lean, donde el deber aparece como una respuesta posible al agotamiento espiritual de nuestra época. En tiempos de pandemia y guerras no tan lejanas, comprender el cansancio y sus efectos otorga sentido a la creación artística y puede colmar de dignidad al hombre devastado por las circunstancias adversas.

Palabras clave: analogía; desierto; cansancio; virtualidad; estética.

* **Recibido:** 16 de marzo 2022 / **Aprobado:** 2 de diciembre de 2022 / **Modificado:** 2 de febrero de 2023. Artículo de reflexión derivado de la tesis de maestría “El espacio virtual: la arquitectura como mediación entre mundo y objeto”. No contó con financiación institucional.

** Arquitecto por la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín (Medellín, Colombia). Estudiante de la maestría en Estética, investigador, profesor, integrante del grupo de investigación en construcción y líder del grupo de investigación Seminario de Estudios Espaciales en la misma institución  <https://orcid.org/0000-0001-8248-3744>  pelopezg@unal.edu.co

.....
Cómo citar / How to Cite Item: López-Garnica, Pablo. “Dos desiertos: una analogía geográfica sobre el cansancio”. *Revista Colombiana de Pensamiento Estético e Historia del Arte*, no. 18 (2023): 213-233. <https://doi.org/10.15446/rcpeha.n18.101627>





Two Deserts: A Geographical Analogy About Fatigue

Abstract: this article proposes a double condition of fatigue: one as a ruin and the second an opportunity. It exemplifies this through a geographical analogy of the desert, a place of both beauty and annihilation. Thinking about fatigue in its aesthetic dimension allows us to build a narrative where we can glimpse into the existence of a virtuality or power of the desert, which can become the constitution of new homelands and works or the devastation and loss of the human, in destitution or exile. The method of approaching the aesthetic problem that standardizes the desert and fatigue is based on intertextuality and intermediality, establishing a dialogical relationship between different authors in literature and philosophy. In addition, forms of representation of the hypothesis are represented in the cinema; for instance, films like *Lawrence of Arabia* and *The Bridge on the River Kwai* by director David Lean, represent duty as a possible response to the spiritual exhaustion of our time. In times of pandemics and wars not so far away, understanding fatigue and its effects gives meaning to artistic creation and can fill with dignity the man devastated by adverse circumstances.

Keywords: analogy; desert; fatigue; virtuality; aesthetic.

Dois desertos: uma analogia geográfica do cansaço

Resumo: este artigo propõe uma dupla condição de cansaço, como ruína ou oportunidade de estar no mundo, a partir de uma analogia geográfica que brinca com o conceito de deserto como lugar de beleza e de aniquilação, simultaneamente. Pensar o cansaço na sua dimensão estética permite-nos construir uma história reflexiva para vislumbrar a existência de uma virtualidade ou potência do deserto, que pode tornar-se na constituição de novas pátrias e obras ou na devastação e perda da humanidade, na miséria ou no exílio. O método de abordagem do problema estético que homologa o deserto e o cansaço baseia-se na intertextualidade e na intermedialidade, estabelecendo uma relação dialógica entre vários autores da literatura e da filosofia e, ao mesmo tempo, propondo formas de representação da hipótese a partir do cinema, em os filmes *Lawrence da Arábia* e *A Ponte do Rio Kwai* do diretor David Lean, onde o dever aparece como uma possível resposta ao esgotamento espiritual do nosso tempo. Em tempos de pandemia e de guerras não tão distantes, compreender o cansaço e seus efeitos dá sentido à criação artística e pode encher de dignidade o homem devastado por circunstâncias adversas.

Palavras-chave: analogia; deserto; fadiga; virtualidade; estético.

Introducción

“Somos un signo por interpretar”
Friedrich Hölderlin¹



Pablo López-Garnica
Dos desiertos: una analogía geográfica sobre el cansancio

Este artículo pretende construir un relato sobre la aparición del cansancio en la vida del hombre², usando una analogía –geográfica, si se quiere– alrededor de la condición ambivalente del desierto: como paisaje de donde emerge la belleza de las superficies puras o como sitio inhóspito donde se da la condena al destierro o el exilio. El título hace alusión a esa doble condición que poco o nada tiene que ver con una elección de un ecosistema específico. No se trata de la distinción entre dos desiertos diferenciados en la naturaleza, o de hablar de ciertas características bióticas de un Sahara o un Gobi, sino de la condición de destitución subjetiva que podría acompañar la mirada de un mismo desierto, como territorio de la experiencia de la humanidad en su expresión figurativa. Es decir, el desierto en su literalidad nos sirve para la reflexión y la analogía, en la medida en que permite acompañar con imágenes el pensamiento alrededor del cansancio, ante la dificultad de abordar su abstracción desde un enfoque estrictamente psicológico o corporal³, porque ello implicaría abordar la problemática estética del cansancio desde una perspectiva técnica, derivada de procedimientos del método científico, sin priorizar una meditación reflexiva. Por lo anterior, este artículo plantea la intertextualidad e intermedialidad⁴ como método de aproximación al problema. Comprendiendo que el tema puede resultar de interés particularmente en nuestro tiempo, donde parece existir un profundo agotamiento de la población mundial, luego de padecer encierros prolongados en el marco de la pandemia por COVID-19, una crisis económica en ciernes y guerras no tan lejanas que tienen un impacto en los medios y en los imaginarios colectivos, pensar el cansancio y sus posibilidades podría resultarnos urgente, ante todo para paliar los riesgos de la apatía y la inacción, que a la larga derivan en indiferencia política u homogeneización cultural.

1. Epígrafe tomado del libro de Martin Heidegger referenciando a Friedrich Hölderlin. Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?* (Madrid: Trotta, 2005), 21.

2. Con esta expresión se hace referencia al género humano en su totalidad.

3. Diversos textos académicos desde la psicología abordan no solo el cansancio sino la relación con múltiples enfermedades mentales. Del mismo modo, hay amplia literatura científica que aborda el cansancio desde sus efectos en el cuerpo humano. Por lo anterior, se aclara al lector que este artículo se constituye únicamente como reflexión estética.

4. La intermedialidad entendida aquí como referencialidad a otros medios, lo que permite una relación dialéctica entre cine, literatura y filosofía para la reflexión propuesta. Para profundizar en el concepto ver Ruth Cubillo-Paniagua, “La intermedialidad en el siglo XXI”, *Diálogos: Revista Electrónica de Historia* 14, no. 2 (2013): 169-179, <https://doi.org/10.15517/dre.v14i2.8444>



Un desierto puede hallarse entonces, para los fines que persigue este artículo, en una gran extensión geográfica o puede aparecer, por ejemplo, en el último pensamiento de alguien que ha optado por el suicidio o por el abandono de las responsabilidades de la vida. La etimología nos puede ayudar a pensar esta relación imaginada: del latín *desertus*, es participio del verbo *deserere*, que se traduce como “abandonar/olvidar”. Este origen etimológico es fácilmente rastreable en términos como “desertor” (aquel que abandona) o “deserción” (acción de abandonar). Si retomamos nuestro ejemplo, aquel suicida puede entenderse como un desertor de la vida, o solo por jugar con las palabras, un desertor podría ser aquel que se decanta por el desierto, comprendiendo la contradicción que significaría que ese individuo desertara del desierto (como en la película *Lawrence de Arabia* de David Lean⁵). El desierto es entonces una idea y un concepto que encierra cierta complejidad, y por eso mismo tendremos que buscar en su ambivalencia analogías que permitan acercarnos al cansancio, el abandono, el exilio y sorpresivamente, al deber.

Para la construcción de un relato sobre el cansancio que nos llevara a la ambivalencia de la analogía del desierto —en juego con la intertextualidad— se tomaron algunos fragmentos de Martín Heidegger, David Le Breton, José Luis Pardo, Albert Camus, Walter Benjamin, Mijaíl Lermontov, Sigmund Freud y Byung-Chul Han⁶ en diálogo —desde la intermedialidad— con las películas *Lawrence de Arabia* y *El puente sobre el río Kwai*⁷ del director David Lean. Si bien hablar de “relato” podría remitirnos a la idea de narración estructurada, construcción de personajes y uso de figuras retóricas, se ha optado por ese término solo porque permite jugar con la evolución de la reflexión alrededor del cansancio (o agotamiento) y llegar a una conclusión similar a lo que se busca con el final abierto de una historia. No obstante, solo se constituye dicho relato como instrumento para argumentar que el cansancio siempre tiene un origen, una virtualidad y, por ende, uno o varios finales. Por lo tanto, este texto comienza por pensar sobre el sueño y la vigilia (como el origen biológico del cansancio) para luego hablar de la experiencia de contemplar el mundo o hartarse de él en la cotidianidad, del exilio de la vida como elección o como obligación (y la aparición de dos desiertos en el proceso) para finalizar con la virtualidad del cansancio (y el abandono) y una posible respuesta en el deber.

5. David Lean, dir., *Lawrence de Arabia*, 1962.

6. Cabe anotar que la inclusión de Han se realiza por una cita específica que se refiere a la potencia positiva o negativa en contraste con la noción de impotencia.

7. David Lean, dir., *El Puente sobre el Río Kwai*, 1957.

Sueño y vigilia

“Nadie está del todo presente en lo que hace”
David Le Breton⁸



Pablo López-Garnica
Dos desiertos: una analogía geográfica sobre el cansancio

En el libro *Desaparecer de sí* de Le Breton se aborda la pregunta sobre las formas de la desaparición en el mundo en diferentes momentos de la vida ordinaria. El autor hace un recorrido que va desde las maneras discretas del abandono de sí hasta las enfermedades que se asocian a la adolescencia o la vejez (como la anorexia en el primer caso o el Alzheimer en el segundo.) De la exposición de Le Breton vale la pena destacar que —a través de un metódico recorrer— muestra un panorama amplio donde se puede inferir que el acto de abandonarse⁹ casi que constituye una necesidad humana para poder desenvolverse con normalidad en el día a día. A este respecto, el autor dice que “todo individuo, incluso si tiene alegría de vivir, necesita una cierta dosis de blancura para vivir cada día”¹⁰ y que nos remite a un problema identitario dado que “el sentimiento de ser uno mismo, único, sólido, con los pies en la tierra, es una ficción personal que los demás deben sostener con más o menos buena voluntad”¹¹.

En este sentido, podríamos aunar lo expresado por Le Breton para hacer un paréntesis alrededor de la pregunta sobre el porqué nos cansamos, o por qué requerimos de un abandonarnos o desaparecer de nosotros mismos para seguir siendo (o incluso, seguir existiendo). El asunto que podemos evidenciar de la manera más sencilla y empírica es a través del agotamiento de las actividades diarias (generalmente diurnas) que requieren de un descansar corporal a través del dormir (por lo general en las noches). Pensando en nuestra condición biológica, todos los días padecemos agotamiento y requerimos de un abandonar la experiencia sensible en el mundo material para dormir y volver a comenzar un nuevo día. Ante por qué requerimos del dormir, no parece haber consenso científico más allá de hipótesis relativas a la evolución de los reptiles y a la adaptación nocturna de los mamíferos que se encuentra documentada hasta la fecha. Le Breton aborda este fenómeno del dormir como una forma de aislamiento, de evadir la propia realidad

8. Epígrafe tomado del libro David Le Breton, *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea* (Madrid: Siruela, 2015), 15.

9. El cansancio, para Le Breton, es expresión del abandono profesional y doméstico de un individuo. De esta forma, abandonarse a través del cansancio es alejarse de la identidad construida.

10. Le Breton, *Desaparecer*, 52. Para Le Breton, la blancura supone ausentarse de sí mismo, un hartazgo con la propia existencia y con la forma en la que se es, un escape para lidiar con la dificultad de ser uno mismo.

11. Le Breton, *Desaparecer*, 180.



de manera que se pudiera soportar la vida sin vivirla y sin recurrir al suicidio. No obstante, quizá podría objetarse al autor que el insomne, quien busca a voluntad la vigilia, puede que no le resulte imposible la desaparición¹², dado que, en la rebeldía de no dormir, de no entregarse al cansancio, puede experimentar una debilidad que lo aísla del mundo y lo deja en el límite entre la realidad del espacio cartesiano y la ensoñación como consecuencia de su incapacidad de descanso. Si bien en algún punto el sujeto debe dormir para no morir, el abandonarse podría estar presente incluso en el despertar de un nuevo día, si se procura experimentar de nuevo una vigilia prolongada.

Cabría pensar en la suposición del investigador Matthew Walker¹³ sobre si quizás el soñar o estar dormidos fue la primera etapa de la vida y del sueño surgió la vigilia. Podríamos ir un poco más allá y pensar que el cansancio es el estado natural del ser humano y del reino animal y que la humanidad evolucionó en el despertar en la búsqueda de supervivencia porque el entorno le impuso la actividad corporal y el movimiento. Si este fuera el caso, podríamos naturalizar la búsqueda de desaparición como deseo, como un retorno a un estado inicial, y pensar en un posible escenario donde la humanidad, al no estar diseñada biológicamente para cumplir roles productivos, los acepta y se transforma porque el ambiente así lo exige desde la influencia de la exterioridad. Esto haría de la humanidad una entidad que se mantiene al margen, cumpliendo una labor inerte en el paisaje, pero sin deformar ni deformarse. No obstante, para tan arriesgada conclusión habría que resolver el misterio del porqué dormimos, y estamos, insólitamente, lejos de esa respuesta.

Volviendo a Le Breton, podemos identificar, tanto en el sueño como en la vigilia, formas de resistencia que coexisten. Así como la anorexia es un agotamiento del consumo de alimentos, la ingesta de sustancias psicotrópicas es una rebeldía ante la realidad o el Alzheimer puede ser una búsqueda por el olvido ante lo hegemónico de la memoria, el dormir puede ser una acción de rebeldía ante el trabajo y la vigilia puede ser una insurrección ante nuestra configuración biológica. Al dormir cedemos a la blancura para sobrevivir y en la vigilia nos ocupamos

12. La objeción a Le Breton se basa en el siguiente fragmento del texto *Desaparecer* de sí: "Al insomne le resulta imposible desaparecer, atrapado por sí mismo de manera insistente en una terrible imposición de identidad que lo conduce a remover machaconamente su propio ser". Le Breton, *Desaparecer*, 51.

13. Colin Barras, "¿Cuál es la verdadera razón por la cual dormimos?", *BBC News*, 11 de mayo de 2016, https://www.bbc.com/mundo/especial/vert_earth/2016/05/160401_vert_ciencia_por_que_dormimos_yv En este artículo se aborda la pregunta sobre el porqué dormimos, y a su vez intenta darle una explicación evolutiva. Se propone una hipótesis sugerente alrededor del origen de la vigilia como consecuencia del sueño.



de aquellas actividades que configuran nuestra cotidianidad, y donde cabe todo eso que llamamos vida. Si exageramos en el sueño hallamos un desierto donde evadimos la consciencia de la realidad y si cedemos a la vigilia excesiva la realidad se deforma y nos conduce a un nuevo desierto casi ilusorio. En ambos hay un exilio de la experiencia del propio ser, en tanto desconexión del entorno y la objetividad de la realidad. El cuerpo se trastorna, y nos lleva a una blancura experiencial, a un no-ser, temporal o atemporal, voluntario e involuntario, que merece también ser pensado.

Experiencia

“Antes de ser sujeto, de llegar a ser ‘sí mismo’, está ya
sujetado por los espacios, lo hábitos y los hábitats que le pre-
ocupan, que le habitan y a los que sirve su mirada de hábitat”

José Luis Pardo¹⁴

Urdiendo el relato del cansancio y los desiertos es necesaria la aparición de la superficie que posibilita ese cansancio. Si un individuo antes de ser sí mismo un *alguien* o un *algo* es un hábito que construye hábitat a través de la repetición, podemos imaginar una suerte de espacialización del hábito del agotarse, para luego constituir el abandono como parte de aquello que se convierte en *habitual*. Más allá de la relación dialéctica que Pardo entabla con la dupla entre el hábito y el hábitat, ejemplificar la aparición del hábito implica que la desaparición, el cansancio o el abandono constituyen una experiencia y un modo de actuar en el mundo, incluso cuando esa actuación es la elección por no hacer nada. En otras palabras, la decisión de *no hacer* también puede inaugurar un hábito y una forma de ser en el mundo. La experiencia del hombre en el mundo comporta entonces una ética y, por tanto, una estética. Su manera de relacionarse con el contexto puede incidir en una adaptación absoluta o en un rechazo de su entorno que lo llevaría a un hipotético dilema entre la contemplación o el hartazgo. En este sentido, aludiendo que el cansancio se puede naturalizar desde la esfera biológica, desde nuestras necesidades primarias, la experiencia determina si el exilio, la desaparición o la búsqueda de la blancura es una obligación (o condena) o es una elección. A este respecto, podemos abordar el siguiente fragmento que aparece en el texto *Sobre los espacios* de Pardo para expandir lo dicho:

14. Epígrafe tomado José-Luis Pardo, *Sobre los espacios pintar, escribir pensar* (Barcelona: Ediciones de Serbal, 1991), 66.



Existir, para el organismo, es sentir; existir, para las fuerzas-estímulos que pinta su conducta, es ser sentido. Así, lo que “significa” el símbolo que somos, el sentido de nuestra conducta o lo sentido (envuelto, implicado) en nuestro comportamiento, lo que nosotros com-portamos, envolvemos, implicamos, es un Espacio, y no un espacio cualquiera, sino el espacio perfectamente cualificado, el contorno distinguido y distinguible que constituye exacta y precisamente nuestro territorium y que nos determina a ser exactamente el individuo que somos. El comportamiento es ya una subespecie del arte, y existimos como artistas inconscientes antes de llegar a ser artistas reflexivos.¹⁵

Existir es entonces sentir, y en ese sentir, el ser comporta el significado y así el individuo se halla determinado por lo que “es”¹⁶. En ese comportamiento Pardo otorga el rol de artista al hombre que pinta sus espacios, y traduce ese comportar en una suerte de transportar o cargar consigo las fuerzas, los estímulos y los paisajes¹⁷. De este modo, el acto de abandonar o la acción de entregarse al cansancio puede ser un comportarse frente al espacio, una obligación y/o reacción ante ese paisaje o una elección ética/estética para experimentar el vacío previo al espacio pintado.

Hasta este punto podemos resumir el papel del cansancio en la supervivencia humana (y animal), en la necesidad de abandonarse cada día en el dormir para existir en la cotidianidad, el doble juego entre la vigilia y el sueño como acciones obligadas a coexistir y la experiencia como catalizadora ética de los hábitos y el comportar en el espacio¹⁸. Ahora bien, si nos alejamos de la mera función biológica del cansancio y nos adentramos en el abandonarse o destituirse de sí del individuo, podemos plantear que toda decisión u obligación de destitución subjetiva parte ineludiblemente de una crisis de la experiencia¹⁹. Esto es claro en las descripciones de Le Breton sobre los excesos del consumo de sustancias o en el suprimir la vigilia, el comer o el recordar que nos muestran cómo cualquier individuo es susceptible de recurrir al exilio de lo real, y allí es donde se halla una relación entre la pobreza de la experiencia —que advertía Benjamin— y el cansancio:

15. Pardo, *Sobre*, 118.

16. El individuo es en la medida en que siente, y lo que siente permite la producción de significado. En otras palabras, no hay significado que preceda a lo sensible.

17. Pardo, *Sobre*, 117.

18. En otras palabras, la experiencia de lo cotidiano posibilita que el individuo desarrolle un comportamiento (en términos de Pardo) ético respecto al lugar que habita.

19. Entiéndase esta crisis como un cambio en el curso natural o deseado de las circunstancias, como el padecimiento de una enfermedad o traumas ocasionados por factores externos a la decisión de los individuos.



Pobreza de la experiencia: no hay que entenderla como si los hombres añorasen una experiencia nueva. No; añoran liberarse de las experiencias, añoran un mundo entorno en el que puedan hacer que su pobreza, la externa y por último también la interna, cobre vigencia tan clara, tan limpiamente, que salga de ella algo decoroso. No siempre son ignorantes o inexpertos. Con frecuencia es posible decir todo lo contrario: lo han “devorado” todo, “la cultura” y “el hombre”, y están sobresaturados y cansados. Nadie se siente tan preocupado como ellos por las palabras de Scheerbart: “Estáis todos tan cansados, pero solo porque no habéis concentrado todos vuestros pensamientos en un plan enteramente simple y enteramente grandioso”. Al cansancio le sigue el sueño, y no es raro por tanto que el ensueño indemnice de la tristeza y del cansancio del día y que muestre realizada esa existencia enteramente simple, pero enteramente grandiosa para la que faltan fuerzas en la vigilia.²⁰

Casi noventa años después de la escritura de este texto podemos ver con claridad que la advertencia de Benjamin nos resulta actual, el cansancio es paisaje conocido y el aparataje técnico de nuestros tiempos parece más abocado a construir dispositivos y plataformas de distracción (y ensoñación) que a abordar el problema de la experiencia. Pasamos los días tras pantallas y ahora se busca configurar nuevos mundos (mal llamados virtuales) para encontrar rentabilidad en el abandono de lo real. Convertir la vida en videojuego, solo que esta vez se elimina la frontera entre el individuo y el avatar. Casi que somos testigos del diseño de un mundo hostil que a su vez diseña otro mundo irreal y falso como escape a una realidad trágica. Hemos entregado la herencia de la humanidad a cambio de la moneda de poca valía de lo actual²¹. Ante la aparición de esta crisis de la experiencia se nos presenta el exilio como huida, como posibilidad de desterrarse de las experiencias impuestas.

Exilio

“Llega un día en el que, a fuerza de rigidez, no hay nada que maraville, todo es ya conocido, se pasa la vida volviendo a empezar. Es el tiempo del exilio, de la vida seca, de las almas muertas. Para revivir, se necesita un perdón, olvidarse de uno mismo o una patria”.

Albert Camus²²

20. Walter Benjamin, *Experiencia y pobreza (Discursos interrumpidos I)* (Madrid: Taurus, 1982), 172.

21. Benjamin, *Experiencia*, 173.

22. Epígrafe tomado Albert Camus, *El Verano* (Madrid: Alianza, 1996), 41-42.



La humanidad, condenada al tedio de la pobreza de sus experiencias, busca el exilio de su propia tierra, de sus trabajos, de sus familias, de sus amantes o incluso un escape de sí mismos. Hablar de exilio en este caso es homologar términos como el abandono, la destitución o el destierro, pero también se abordan sus raíces etimológicas que nos remiten al verbo derivado del griego *aluein* (vagar, andar errante). El exiliarse es entonces un desprenderse, sea del territorio y sociedad donde se habita (a fuerza de hábitos, retomando a Pardo) o del peso de la propia corporalidad en la ensoñación natural o provocada. Asumimos que el exilio puede darse, cuando menos, de dos maneras que serán protagónicas para la conclusión de este texto. La primera de ellas es el exilio por obligación, como condena del medio en el que habita o por sus propios hábitos. El exilio político o religioso, que implica el irse, el vagar o el buscar otro sitio donde recomenzar, donde la voluntad del exiliado no existe, o incluso, se pierde la noción de la libertad de decidir. Ese abandonarse puede verse reflejado también, desde nuestra aproximación semántica desde el cansancio, en las adicciones, sean sustancias o dispositivos, cuyo estímulo termina por ser más fuerte que la consciencia del propio bienestar.

El segundo exilio es el que se constituye como una decisión radical. Un irse a recorrer parajes lejanos y abandonar el propio país, o el encierro voluntario para la creación de una nueva obra. Es la manifestación de la voluntad del hombre y el poder que tiene para elevar su voz contra la naturaleza misma de la realidad, el sistema imperante y quizá hasta las estructuras morales que gobiernan la vida en sociedad. Ambas formas de exiliarse constituyen la analogía central de este ensayo que se encuentra urdida por la idea de dos desiertos, donde uno constituye el hundimiento, la depresión, el agotamiento (o el anglicismo popularizado como “*burnout*”²³), o la muerte, y el segundo se aproxima a la meditación, el abandono, la transformación (devenir obra) y quizá al cinismo. Estamos entonces ante la aparición de un desierto hostil y un desierto limpio.

Desierto hostil

En el libro *¿Qué significa pensar?*, Heidegger toma un aforismo de Friedrich Nietzsche para explorar la pregunta por el pensamiento y propone una compleja imbricación reflexiva alrededor de la sentencia “el desierto crece”:

23. Anglicismo que se define como “el estado de falta de energía o entusiasmo por trabajar demasiado, o alguien que muestra los efectos de este estado”. Cambridge Dictionary, Assessment 2024, <https://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/burnout>



“El desierto crece”. Eso significa: la desertización se extiende. La desertización es más que la destrucción, es más terrible que esta. La destrucción elimina solamente lo que ha crecido y lo construido hasta ahora; en cambio, la desertización impide el crecimiento futuro e imposibilita toda construcción. La desertización es más terrible que la mera aniquilación. Esta elimina y pone en acción la nada, la desertización, en cambio, pone en juego y difunde lo que estorba e impide. El Sáhara de África, por ejemplo, es solamente una especie de desierto. La desertización de la tierra puede ir de la mano con la meta de un alto estándar de vida para el hombre, lo mismo que con la organización de un estado uniforme de dicha para todos los hombres. La desertización puede implicar lo mismo en ambos casos y proceder en todas partes de la manera más terrible, a saber, ocultándose. La desertización no es un simple cubrir de arena. La desertización es el rápido curso de la expulsión de Mnemosine.²⁴

Podemos permitirnos el pensar la última línea del texto, “la expulsión de Mnemosine”, que implica una desertización donde ya no queda espacio para la memoria, queda un ocultamiento de las superficies de la experiencia que impide el crecimiento futuro, condena al ser humano —que evoluciona técnicamente para alcanzar el supuesto de un mejor estándar de vida— en un ser que habita ese desierto por una ficción de la voluntad²⁵. Entre estos hombres se cuentan todos aquellos que, al no superar su cansancio, al hallar su razón de ser (o no) en los afanes de la cotidianidad, ya no solo desertizan el medio, sino que ceden a la desertificación de sí mismos. Ellos, de manera desprevenida, casi natural si se quiere, caen ante el agotamiento que no busca la creación, la rebeldía o el cinismo. Por lo tanto, se hunden en un medio hostil que no les ofrece más que penurias.

Esta categoría de individuos la podemos encontrar en los adictos, los melancólicos o los depresivos, cuya existencia en las actividades diurnas es una guerra contra el acontecer, contra lo cotidiano. Cada día los somete a una prueba, o quizá un juego, donde deben permanecer vivos por un mero acto de supervivencia, o al menos hasta que la enfermedad o el suicidio se conviertan en un fin esperado para ellos. Le Breton explora la diversidad de seres que ante el agotamiento se resguardan de lo real, y plantea una hipótesis sugerente al afirmar que “volcarse

24. Heidegger, *¿Qué significa?*, 28.

25. Entiéndase la ficción de la voluntad como el relato que los individuos deciden construir para sí mismos en el marco de posibilidades que la institucionalización (religiosa, política, económica, científica, entre otras) permite.



en el espacio evita la dificultad de vivir sus propios pensamientos”²⁶. A riesgo de equívocos, ¿no podríamos traducir lo anterior como el deseo del individuo por transformarse en espacio y dejar de ser sujeto? Podríamos estar ante una divagación que nos dice que ya no solo hay una condena al desierto del agotamiento, sino que se cae en la homogeneización, se vuelve grano de arena, el hombre se convierte en desierto.

Desierto limpio

En la película *Lawrence de Arabia* del director David Lean²⁷ se retratan las vivencias del militar, escritor y arqueólogo inglés Thomas Edward Lawrence en Egipto y Oriente Medio durante la Primera Guerra Mundial, donde Lawrence tuvo un papel protagónico en las batallas contra el Imperio otomano y como figura política en las alianzas con el Faysal y los pueblos árabes. En la ficción de la película, que por demás retrata a Lawrence bajo la figura de héroe imperfecto y como víctima de la guerra, aparece una escena donde un periodista le pregunta: “Qué le atrae del desierto”, a lo que Lawrence responde: “Está limpio”. Esta escena, como análoga a una vivencia propia del desierto en su expresión literal y conflictiva, podemos pensar en el segundo desierto que ya no es la imposición de algún poder sino la expresión de una voluntad, en la que el individuo puede elegir el irse de su país a librar una guerra que no era suya. Lawrence decide embarcarse en la guerra, pero, además, escinde su lealtad militar por apoyar un territorio apenas conocido unos años atrás. De alguna manera, se abandona para apoyar la creación de una nueva nación, pintar el espacio de nuevas patrias posibles.

Traicionado después por tratados políticos que no contribuían a la dignidad hallada en las batallas o en las alianzas gestadas, y luego de ser sometido por el enemigo a terribles vejámenes, el verdadero Lawrence, lejano ahora a la representación cinematográfica, vuelve a Inglaterra en búsqueda desesperada por un nuevo comienzo en la Royal Air Force (RAF), escribió *Los siete pilares de la sabiduría*²⁸ y ante el revuelo de la publicación fue trasladado a India, donde tuvo un segundo exilio debido a notas sensacionalistas de la prensa que lo relacionaron con las problemáticas internas del país. Murió en un accidente en su

26. Le Breton, *Desaparecer*, 81. La expresión “volcarse en el espacio” puede comprenderse como la acción de evadir la interioridad. Es decir, dejar de pensar para distraerse en lo externo.

27. David Lean, dir., *Lawrence de Arabia*, 1962.

28. Thomas Edward Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría* (Barcelona: Ediciones B, 1997).



motocicleta —tenía afición a la velocidad— a sus 47 años. Sus amigos y familiares describieron los últimos momentos de su vida como de angustia, desazón y tristeza, pero sin abandonar algo del entusiasmo por los proyectos pendientes. La imagen de Lawrence de Arabia, a través de la mirada de David Lean, nos muestra a un héroe trágico que encuentra en sus victorias bélicas derrotas para sí mismo. Nos muestra al comienzo de la película a un individuo que desborda pasión por la vida y el deber y que termina agotado y oculto de toda aparición innecesaria. Lo que nos permite comprender la imagen del protagonista y la historia que se desenvuelve, es que no hay un carácter moral en el segundo desierto o en su limpieza. Este desierto también puede ser virtualmente hostil, pero la voluntad del héroe imperfecto, sus fracasos, su agotamiento e incluso su cinismo nos dejan una estepa de posibilidad ante la resistencia de la amargura. En otras palabras, dejan huella en el desierto.

No es, por tanto, reducir la analogía de los dos desiertos a una cuestión moral, no se trata de concluir que hay buenos y malos desiertos, sino en pensar que allí donde germina la voluntad, donde se hace frente a batallas perdidas, la humanidad puede hallar en el desierto el motivo de su propia creación y abrazar la rebeldía de seguir existiendo al imprimir su hacer en el mundo. En este sentido, que ningún desierto, abandono o exilio puede eximir del dolor, pero que “también lo doloroso puede ser verdadero”²⁹, y que en el aislamiento elegido, en el trasegar por el desierto podemos encontrar algo de belleza, incluso conociendo de antemano la muerte de lo bello. Gestionar simpatía por la dificultad de la vida y el sufrimiento, conociendo las limitaciones en el tiempo que constituyen los momentos felices. Comprender entonces que “la restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable”³⁰. Tampoco se trata de una romantización absoluta de la idea limpia del desierto. Una persona que abandona a su familia puede hallar una imagen poética en la acción de irse, pero también podría ser simple y llana cobardía, una decisión simplista que se aleja de lo que podríamos comprender como una poética del cansancio, por lo que habría que separar al cínico del cobarde.

A este respecto, el cínico entendido no como el que vocifera contra el mundo, sino que muestra indiferencia e irreverencia ante la estructura de la sociedad y que se puede vislumbrar en la representación del héroe imperfecto, que requiere de la armonía entre sus virtudes y defectos. Para ejemplificar cómo el cinismo puede tener cabida en nuestro segundo desierto vale la pena mencionar al personaje de

29. Sigmund Freud, *La transitoriedad. Obras completas vol. 14* (Buenos Aires: Amorrortu, 1979), 309-311.

30. Freud, *La transitoriedad*, 309-311.



Pechorin en *Un héroe de nuestro tiempo* de Lermontov³¹. En esta novela, el héroe parece reunir los vicios de su propia época y por esto mismo despertar fascinación. Pechorin actúa por tedio con la vida y encuentra una mediocre satisfacción en perseguir sus deseos solo hasta que su consumación los transforma en una nueva capa de aburrimiento. De esta manera las aventuras del héroe se deforman hasta convertirlo en antítesis, en antihéroe, representando los límites de la moral, en tanto que sus acciones son una manifestación de lo que puede alguien cansado, ya no refugiándose en sí mismo, en sus obras o en la búsqueda del desierto, sino a través de abarcar todo cuanto pueda abarcar. Persigue con extrema pasión el amor para luego abandonarlo a su suerte, con la excusa de mantener su espíritu vivo a través del abandono y sus viajes. Su remedio es el cansancio:

Por hondo que sea el pesar que me oprima el corazón o el desasosiego que angustie mi cerebro, todo se disipa como por encanto. El alma se siente aliviada; el cansancio del cuerpo vence a la inquietud de la mente. No hay mirada de mujer que yo no olvide ante el panorama de las encrespadas montañas que ilumina el sol meridional, al contemplar un cielo azul o al oír el rugido de un torrente que se precipita de roca en roca.³²

En la contemplación del paisaje encuentra un antídoto al hartazgo de todo lo demás, incluyendo su imaginación y sus sueños. Nuestro héroe o antihéroe ha optado por el rechazo de las imágenes:

En mi primera juventud fui un soñador; gustaba de acariciar alternativamente las imágenes, ya lúgubres, ya radiantes, que me ofrecía mi inquieta y ávida imaginación. Pero ¿qué he venido a sacar? Solo cansancio, como después de una batalla nocturna contra una visión fantasmagórica, y un recuerdo desvaído, lleno de pesares.³³

Vemos entonces al cínico como un desertor de su propia realidad, que encuentra justificación en jugar con el deseo y en el viaje. Desaparece la idea de sí mismo para dar lugar a la invención de un personaje, de un observador que actúa de acuerdo con el paisaje que se le presente, sea el geográfico o el de los acontecimientos. En el caso de Lawrence de Arabia, si bien sería injusto tildarlo como cínico, sí hay rastros de irreverencia en su forma de experimentar la guerra, para

31. Mijail Lermontov, *Un héroe de nuestro tiempo* (Barcelona: Planeta, 1990).

32. Lermontov, *Un héroe*, 97-98.

33. Lermontov, *Un héroe*, 161.



luego construir un muro de indiferencia ante los sucesos que le dieron toda su fama. Sobre esto, Le Breton comentaría que “Lawrence abandona su leyenda, con la intención inequívoca de desaparecer, de anular sus antiguos vínculos. Su historia lo ahoga. Se desembaraza de todo y aspira a la desaparición de sí como último recurso”³⁴. Ambos héroes imperfectos habitan el segundo desierto, donde sus libertades no han sido del todo coartadas por la crisis de la experiencia. Los héroes siguen dibujando, con agotamiento y cinismo, su propia historia, pintan los espacios exteriores a ellos. Transitan el tiempo a través de la actividad y el proyecto, se arrojan en búsqueda de sentido, incluso con acciones contradictorias que le restan grandilocuencia a su propia existencia. Contemplan la vida desde la oblicuidad, y por tanto, se despliegan virtualidades de sus desiertos³⁵.

El desierto de lo virtual

“¿No podría ser ofrecido al hombre un nuevo suelo propio, un suelo en que el ser del hombre y toda su obra fueran capaces de prosperar de un modo nuevo, incluso en medio de la era atómica?”

Martin Heidegger³⁶

Hasta ahora, nuestro relato ha abordado el cansancio natural del día a día, la crisis de la experiencia del hombre que privilegia la vigilia, el exilio como estrategia para aplacar la realidad y la analogía con dos desiertos, uno como condena y el otro como elección (y quizá como dignidad). Ahora solo nos queda desarrollar la imagen actual del agotamiento y pensar en su virtualidad como desierto. En la célebre película *The Matrix*³⁷ de las hermanas Wachowski, el personaje de Morpheus le revela a Neo —el protagonista— la ruina del mundo gobernado por las máquinas, con imágenes cercanas a las representaciones apocalípticas, y con un gesto teatral le dice: “Bienvenido al desierto de lo real”. En nuestra época actual, agobiados por la pandemia, la amenaza del cambio climático, las tensiones entre potencias, las guerras lejanas y cercanas, los efectos del aislamiento obligatorio y la imparable hegemonía de los dispositivos de virtualización podríamos imaginar que al

34. Le Breton, *Desaparecer*, 81.

35. Se utiliza la palabra oblicuidad para expresar la distancia con respecto a la rectitud o lo dado. En este sentido, contemplar la oblicuidad permite ampliar la mirada y a partir de ahí surge la potencia del existir, de manifiestan las virtualidades justo allí donde no parecía poder germinar ninguna posibilidad más que la muerte.

36. Epígrafe tomado de Martin Heidegger, *Serenidad* (Buenos Aires: Tekne, 1950), 5.

37. Lana Wachowski y Lilly Wachowski, dirs., *The Matrix*, 1999.



cambiar la frase original y hablar sobre el desierto de lo *virtual* se interprete con cierto ánimo distópico. Sin embargo, lo que pretende este título es pensar en los términos más allá de la imagen de la propia experiencia y llegar a una reflexión sobre lo virtual como potencia.

Podríamos pensar entonces que ya no hablamos de uno o dos desiertos, sino de un único desierto donde todo es posible. Un desierto que reúne las virtualidades de todos los demás. En este desierto coexiste el abandono digno del artista y su obra y el exilio del enfermo o el adicto que desea permanecer en el ensueño. El desierto de lo virtual nos permite concluir que en lo humano aún quedan vestigios de la capacidad de decidir, aun cuando el medio en el que habita parezca conducirlo hacia un abismo de homogeneización. Hoy día, y a riesgo de simplificar excesivamente los problemas humanos, podríamos decir que son dos los mayores riesgos para la humanidad. El primero de ellos es la expresión de la naturaleza, la aparición de virus pandémicos, las catástrofes naturales, los signos del cambio climático y dentro de poco las bacterias resistentes a los antibióticos, lo que nos interpela sobre nuestra supervivencia en el planeta. La extinción ya no se plantea como una ficción lejana, sino como posibilidad aceptable. Si bien podemos creer en la prevalencia del ser humano en el mundo por su avance técnico, que quizá podrá eludir el fin de la especie, si nos cuestiona sobre si el mero acto de sobrevivir permitirá la preservación de nuestra humanidad. Qué tan lejos podría llegar la humanidad ante el instinto de su propia existencia, será un asunto de implicaciones morales para el futuro.

El segundo problema es la tendencia, cada vez más radical, hacia la homogeneización. Y este riesgo es, a mi juicio, mucho mayor, en la medida en que restringe la libertad aduciendo a la libertad (la disidencia es impopular, indiferente de su origen), limita la meditación reflexiva vendiendo meditación (como aquellos planes mercantiles de yoga pagados mensualmente con posibilidad de adquirir un viaje a la India para “encontrarse a sí mismo”), suprimiendo la sensibilidad representando lo sensible (lugares comunes en el arte, el cine y la música para captación de públicos, la repetición intencional como estrategia de éxito) y destruyendo las democracias visibilizando la democracia (la cara oscura, fea e injusta de quienes llegan al poder). Paradójicamente, esto se logra no con las restricciones distópicas, no con una policía del pensamiento que nos obliga a caminar por el mismo sendero, sino fomentando una supuesta singularidad de cada individuo que favorece la oferta de nuevas y más excéntricas singularidades, y, por tanto, de nuevos productos. El triunfo de esta sobreoferta capitalista podría convertirse en su propia ruina, al inventar un animal



que será imposible domesticar en el futuro próximo. Ante la pregunta sobre qué es el hombre³⁸ en este escenario sin precedentes, uno de los mayores riesgos es que no haya espacio para pensarlo. Irónicamente, la homogeneización no nos libra del agotamiento, pero convierte los desiertos posibles para nuestro exilio en producto de consumo. Estamos ante el riesgo de la desaparición de nuestros desiertos por la banalización del significado del mundo³⁹. El individuo contemporáneo está sometido, prisionero de las infinitas singularidades que, al encontrarse simultáneamente, parecen caminar hacia la misma dirección. Ante este riesgo, las palabras de Camus se hallan en la medianía entre el pesimismo y la esperanza: “Ya no quedan desiertos. Ya no quedan islas. Y, sin embargo, se siente su deseo. Para comprender el mundo, a veces es necesario apartarse de él”⁴⁰.

Y alejarse del mundo implica necesariamente hacer una pausa, exiliarse en el desierto. Evadir el tiempo y abrazar el espacio. El ritmo de la vida de nuestro tiempo es un artificio que nada tiene que ver con los ciclos de la naturaleza. Desear el desierto implica salir en su búsqueda, abandonar las tareas más elementales, no caer en la tentación de la conformación de grupos —en pleno auge de los radicalismos absurdos— o la constitución subjetiva de una supuesta nueva singularidad. Sólo habría que homologar la *era atómica* de sus preocupaciones por nuestra *era digital* para que la advertencia de Heidegger siga siendo, con una precisión casi absoluta, válida en nuestros días:

Pero lo que verdaderamente inquieta en esto no es que el mundo se haga totalmente y por entero un mundo técnico. Mucho más inquietante resulta que el hombre no se halla preparado para esta transformación mundial, que todavía no somos capaces de, pensando reflexivamente, llegar a un discernimiento objetivo de lo que realmente está llegando con esta época.⁴¹

La mal llamada virtualidad llega sin que hayamos pensado realmente en ella. La aceptamos, así como aceptamos que otros se autoproclamen creadores de lo virtual. Como si la potencia de cada objeto e individuo no le competiera a sí mismo. Pero este uso extralimitado del lenguaje de lo virtual que pulula en la actualidad

38. Es pertinente volver sobre la noción de *hombre* como género humano, lo que engloba toda existencia y manifestación de la humanidad en cualquiera de sus formas o expresiones.

39. Si bien los problemas aludidos no son causa o consecuencia directa del cansancio, si se puede abordar el abandonarse como un escape a aquella otredad que se nos escapa y que no podemos controlar. Abandonarse podría ser una respuesta sensible a las hostilidades del afuera y el cansancio un estado de rechazo (no siempre consciente) respecto al mundo.

40. Camus, *El Verano*, 7.

41. Heidegger, *Serenidad*, 5.



y que se valida en la academia con múltiples artículos y libros homogéneos entre ellos (que nadie lee, pero engrosa la capa de la justificación teórico-administrativa) podría estar detrás de que demos por sentado todo aquello que no entendemos. Así como la publicidad nos vendió una de las ideas más grotescas e inútiles que es la búsqueda de la felicidad durante el siglo XX, excusa de guerras energéticas para sostener modos de vida insostenibles, por demás, actualmente el sistema en sí mismo nos vende la idea de que la virtualidad son aparatos y botones que nos permiten acceder a una infinitud de imágenes idealistas sobre la vida deseada y restringida para nosotros. Un oasis ilusorio en el desierto. Fluimos entonces en la corriente de la homogenización que la era digital nos ha impuesto y el escape del sujeto agotado parece estar más cercana a la depresión y al suicidio que a la conquista de nuevas tierras y la creación de nuevas obras. Incluso el cinismo es castigado, a menos que se trate de un cinismo colectivo que, por demás, es también homogeneizante. Ante esta situación, es urgente resguardarnos en un desierto de lo virtual⁴², donde podamos tener la voluntad de disfrutar del progreso tecnológico y al mismo tiempo limitar su influencia, evadir el agotamiento a través de nuestro deber reflexivo, perseguir, en palabras de Heidegger, la serenidad ante las cosas:

Podemos dar el sí a la ineludible utilización de los objetos técnicos, y podemos a la vez decir no en cuanto les prohibimos que exclusivamente nos planteen exigencias, nos deformen, nos confundan y por último nos devasten. Pero si de este modo decimos simultáneamente sí y no a los objetos de la técnica, ¿nuestra relación con el mundo técnico no quedará entonces escindida e insegura? Todo lo contrario. De una extraña manera nuestra relación con el mundo técnico se hace sencilla y tranquila. Permitimos que los objetos técnicos penetren en nuestro mundo cotidiano, y al mismo tiempo los dejamos fuera, o sea los hacemos consistir en cosas que no son nada absoluto, sino que se hallan dependientes de algo superior. Quiero nombrar esta actitud del simultáneo sí y no al mundo técnico con unas viejas palabras: la serenidad ante las cosas.⁴³

Esta actitud respecto a los objetos técnicos puede extrapolarse a una actitud frente al mundo. Ante un desierto virtual, algo que puede ser una cosa u otra en estado de latencia, el individuo puede optar por asumir el deber que implica la

42. Vale la pena recalcar la distinción entre lo digital y lo virtual. Lo digital, para los fines de este artículo, se refiere a los dispositivos tecnológicos que transmiten información y que se han posicionado en nuestra cotidianidad. Lo virtual, por su parte, no se restringe a un sinónimo de lo digital, sino que se comprende como potencia de algo que puede llegar a ser o no. En consecuencia, este desierto virtual es latencia de posibilidad que no ha sido actualizada.

43. Heidegger, *Serenidad*, 6.



indeterminación, el cansancio o la derrota a través de la decisión de hacer algo o no hacer nada. El deber, comprendido como la potencia de hacer algo, puede medirse en términos de positividad o negatividad, tal como lo precisa Han:

Hay dos formas de potencia. La positiva es la potencia de hacer algo. La negativa es, sin embargo, la potencia del no hacer, en términos de Nietzsche, de decir No. Se diferencia, no obstante, de la mera impotencia, de la incapacidad de hacer algo. La impotencia consiste única y exclusivamente en ser lo contrario de la potencia positiva, que, a su vez, es positiva en la medida en que está vinculada a algo, pues hay algo que no logra hacer. La potencia negativa excede la positividad, que se halla sujeta a algo. Es una potencia del no hacer.⁴⁴

El desierto es entonces superficie donde el deber puede expresarse, puede ser sí y no simultáneamente. La impotencia implicaría la ausencia de virtualidad, por lo que el deber es consecuencia virtual del desierto. En otras palabras, el deber modifica el paisaje desértico en la acción o la inacción de los seres, pero no desde la incapacidad de actuar.

Perseguir el deber

“Somos plantas, queramos o no confesarlo de buena gana, que debemos salir de la tierra para florecer en el éter y poder dar frutos”
 Johann Peter Hebel⁴⁵

La película *El puente sobre el río Kwai*⁴⁶ de David Lean nos muestra a un grupo de soldados ingleses, comandados por el coronel Nicholson, convertidos en prisioneros de guerra por el Ejército japonés. Bajo el régimen del coronel Saito, los prisioneros son obligados a trabajar en la construcción de un puente cuyo diseño y ejecución está a cargo de los japoneses. El coronel Nicholson, aferrado a su ética de la guerra, no cede ante ciertas demandas autoritarias dado que no cumplen con la Convención de Ginebra. Ante la negativa, Nicholson es obligado a padecer un encierro prolongado y los prisioneros promueven un boicot para entorpecer la construcción del puente. Al ser liberado del encierro, Nicholson ordena a sus tropas colaborar, modifica los

44. Byung-Chul Han, *La sociedad del Cansancio* (Barcelona: Herder, 2012), 59.

45. Epígrafe tomado de Heidegger citando a Johann Peter Hebel. Heidegger, *Serenidad*, 5.

46. David Lean, dir., *El Puente sobre el Río Kwai*, 1957.



diseños originales del puente y halla en su construcción una manera de elevar la moral de sus hombres. Una vez culminado el puente, el coronel Nicholson se dirige a sus hombres, colmado de dignidad, afirmando que “convirtieron la derrota en victoria”. El coronel es un hombre que, entregado a su deber como militar, halla en el puente una obra digna en su exilio como prisionero. Sin embargo, no puede ver la contradicción de que esa misma obra constituye infraestructura enemiga que debería ser destruida. Hasta el último minuto de su vida en el que aparece la duda, el coronel intenta proteger su legado, una suerte de fidelidad a sí mismo ennegrecido por el cumplimiento del deber, ya no el deber militar, sino consigo mismo. El puente termina por ser dinamitado en una escena sumamente conmovedora. Un hombre que muere con su obra y en cumplimiento del deber. Un hombre leal a un criterio insospechado.

El deber surge entonces como respuesta a la hostilidad de la guerra, del desierto como metáfora. Pero no el deber impuesto, no la productividad ni el compromiso con los demás en sociedad. No el deber de la subsistencia, del deber ser ante el mundo o el deber moral o político, que tanto ha apasionado a los juristas. Es un deber que no combate, que no discute o se eleva contra el cansancio, sino que es un deber producto de él, que surge como respuesta a las dificultades de la vida. Este deber es construcción del individuo que ha decidido en libertad actuar, que ante el agotamiento y la dificultad de un mundo hostil decide hacer algo o no hacer nada. No es una simple escapatoria de lo real, sino una suerte de resarcimiento y un compromiso con la creación. En otras palabras, un deber estético y virtual⁴⁷ ante el mundo. Quizá la virtualidad radique entonces en la rebeldía del hombre común. Aquella que implica decir sí y no simultáneamente, no solo a la técnica, sino a los modos de existir, y que nos interpela por las capacidades de la humanidad cuando se nos escapan las certezas. En tiempos mezquinos e inciertos, donde el agotamiento es paisaje, y en donde todo tiende a lo homogéneo o a lo trágico, puede que aún podamos conservar la dignidad del exilio⁴⁸ y construir una nueva patria de gentes cansadas⁴⁹. Si somos un signo por interpretar, quizá todavía sea posible convertir la derrota en victoria.

47. El deber virtual no alude a un deber consignado en una norma o un modo de ser específico en términos de moralidad, sino en el entendimiento de responderle al mundo con un deber sin que necesariamente nos haya sido revelado. En otras palabras, es asumir la potencia de un deber, aunque este se encuentre velado por las distracciones y hostilidades de lo real, asumirnos como responsables de una existencia con o sin propósito. El deber virtual de hacer algo o no hacer nada.

48. La dignidad de estar alejados y cansados, de abandonar y abandonarse, actuando en consecuencia con el deber que cada individuo diseña para sí mismo a partir de la propia experiencia.

49. Esta noción de patria no está limitada a un contexto sino a un estado, que no es más que el cansancio, el abandono de sí y el exilio de todo lo demás. Ante la soledad que comporta, el cansancio es signo virtual de potencias que no han sido actualizadas. La patria es virtual, es un territorium en el sentido descrito por Pardo previamente que pueden compartir gentes diversas.

Bibliografía

Fuentes primarias

Multimedia y presentaciones

- [1] Lean, David, dir. *El Puente sobre el Río Kwai*. 1957.
- [2] Lean, David, dir. *Lawrence de Arabia*. 1962.
- [3] Wachowski, Lana y Lilly Wachowski, dirs. *The Matrix*, 1999.

Fuentes secundarias

- [4] Barras, Colin. “¿Cuál es la verdadera razón por la cual dormimos?”. BBC News, 11 de mayo de 2016. https://www.bbc.com/mundo/especial/vert_earth/2016/05/160401_vert_ciencia_por_que_dormimos_yv
- [5] Benjamin, Walter. *Experiencia y pobreza (Discursos interrumpidos I)*. Madrid: Taurus, 1982.
- [6] Cambridge Dictionary. Assessment 2024. <https://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/burnout>
- [7] Camus, Albert. *El Verano*. Madrid: Alianza, 1996.
- [8] Cubillo-Paniagua, Ruth. “La intermedialidad en el siglo XXI”. *Diálogos: Revista Electrónica de Historia* 14, no. 2 (2013): 169-179. <https://doi.org/10.15517/dre.v14i2.8444>
- [9] Freud, Sigmund. *La transitoriedad. Obras completas vol. 14*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- [10] Han, Byung-Chul. *La sociedad del Cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.
- [11] Heidegger, Martin. *Serenidad*. Buenos Aires: Tekne, 1950.
- [12] Heidegger, Martin. *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta, 2005.
- [13] Lawrence, Thomas Edward. *Los siete pilares de la sabiduría*. Barcelona: Ediciones B, 1997.
- [14] Le Breton, David. *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea*. Madrid: Siruela, 2015.
- [15] Lermontov, Mijail. *Un héroe de nuestro tiempo*. Barcelona: Planeta, 1990.
- [16] Pardo, José-Luis. *Sobre los espacios pintar, escribir pensar*. Barcelona: Ediciones de Serbal, 1991.



